

COLUMBOGRAMAS / 4

MICROQUIJOTES Y OTROS EXPERIMENTOS CERVANTINOS

ANA SOFÍA PÉREZ-BUSTAMANTE MOURIER

Suele ser el de la literatura (como todos) un arte parasitario. Inevitable, tratándose de una tradición, algo que va de boca a oído, de mano a ojo, desde unos orígenes que se remontan mucho más allá de los mitos fundacionales que periódicamente reinventamos.

Concretando el asunto, el arte del microrrelato posmoderno sólo es posible, en su extraordinaria brevedad, precisamente porque el texto es como la punta de alfiler de un iceberg cuyas 999,99 partes de capacidad de significar flotan en un océano de sobreentendidos. Tengo una pequeña joya de biblioteca que ilustra bien estos conceptos: se trata de una antología de minificciones inspiradas en la obra maestra de Miguel de Cervantes. Lleva por título *MicroQuijotes* (Barcelona, Thule, 2005), y es una edición a cargo de Juan Armando Epple (Osorno, Chile, 1946), conocido autor, antólogo y estudioso del género¹.

En el estudio preliminar que abre el libro Epple parte de la definición de lo que es un clásico: una obra que no se acaba nunca, porque cada época la reinventa para poder dialogar con, contra o con la excusa de ella. Este es el papel que desempeña el *Quijote*, primera novela moderna y sin duda la más productiva en diálogos a lo largo del tiempo. De hecho, hay tantos Quijotes como movimientos literarios: el Quijote barroco que se ríe de los anacrónicos libros de caballerías mientras alza su propio teatro del mundo; el Quijote dieciochesco, leído como parodia didáctica; el Quijote de los muy inventivos humoristas ingleses (Henry Fielding, Laurence Sterne); el Quijote romántico, símbolo del alma dividida entre el espíritu y la materia, la realidad y el deseo, lo sublime y lo ridículo, la tragicomedia ejemplar que es el destino humano como indescifrable ironía; el Quijote realista, que es, como la novela misma, un espejo que se pasea a lo largo del camino de la sociedad contemporánea; el Quijote modernista, imagen de la España del Desastre del 98; el Quijote de las vanguardias, que es el amo de los juegos; el Quijote existencial, para quien el infierno siguen siendo los otros; el Quijote social, que pasa a segundo plano para que pueda ser vindicado el héroe villano, el proletario Sancho Panza; el Quijote de la renovación experimental de la novela, que es ejemplo vivo de que la búsqueda, aunque se repita, siempre se renueva y sigue. Lo demuestran las palabras que al Quijote han dedicado casi todos los grandes novelistas distinguidos con el Premio Cervantes: Alejo Carpentier, Juan Carlos Onetti, Carlos Fuentes, Mario Vargas Llosa...

J. A. Epple resume las líneas fundamentales que, con un pie en el *Quijote*, ha solido recorrer el microrrelato contemporáneo: a) la reivindicación de algún personaje

¹ Esta antología ha generado ya bibliografía crítica. Es el caso del artículo “El *Quijote* en Chile: el caso de los *MicroQuijotes* de Juan Armando Epple”, de Jéssica Castro Rivas, recogido en *Visiones y revisiones cervantinas. Actas selectas del VII Congreso Internacional de la Asociación de Cervantistas*, E. Christoph Strosetski, Alcalá de Henares, Centro de Estudios Cervantinos, 2011, pp. 205-214. También se basa fundamentalmente en esta antología de Epple el artículo de Rosa Pellicer, “Tras las huellas de Pierre Menard. El “Quijote” en el microrrelato hispanoamericano”, *Parole rubate. Rivista internazionale di studi sulla citazione = Purloined Letters. An International Journal of Quotation Studies. Speciale Cervantes*, nº 8 (diciembre 2013), pp. 81-95 (en Alicante, Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes, 2014).

menor de la obra, que postula alguna versión alternativa de la historia; b) la reivindicación de Cide Hamete Benengeli como el verdadero autor del libro (honor que se disputan otras personas, físicas o virtuales); c) el giro hacia el protagonismo y perspectiva de la mujer (a través de Aldonza Lorenzo, de Dulcinea, de Teresa Panza...); y, d) en último lugar, los textos que “actualizan históricamente la figura de don Quijote para confrontar situaciones modernas, o presentan los efectos de la lectura en el personaje contemporáneo, ya sea como deuda o como ejemplo ético” (*op. cit.*, p. 13).

Es importante tener en cuenta que las minificciones realmente no están pensadas para reinterpretar la obra original, sino para ampliar su radio de significaciones dentro de una complicidad fundamental: la que lleva a confundir los límites entre realidad y fantasía, la que legitima el estatus fundamentalmente ficticio, convencional y especulativo, de la realidad.

Entre los lectores más perspicaces y creativos del *Quijote*, aunque no mencione Epple, destaca sin duda el Miguel de Unamuno que va del ensayo *Vida de Don Quijote y Sancho* (1905) a la “nivola” *Niebla* (1914): el Unamuno que sostiene que es el personaje el que crea al autor, el que se impone y se rebela, el que fracasa quizá en el argumento pero sobrevive al que escribe en la memoria colectiva: todo esto (y mucho más) lo plantea Unamuno en torno a la relación de don Quijote con Cervantes, y lo ilustra después con su fantasía en torno a Augusto Pérez, Víctor Goti y un señor rector de Salamanca que se llama don Miguel de Unamuno.

Después de Unamuno, destaca en la línea cervantina Jorge Luis Borges, quien en “Pierre Menard, autor del Quijote” (1944) alza una sugestiva parábola: la de un oscuro escritor, francés y simbolista, que en pleno siglo XX se propone volver a escribir el *Quijote*, del que escoge dos capítulos y medio que resultan ser idénticos al original, solo que, según el narrador de esta historia, que hace de crítico literario, son infinitamente superiores. Los capítulos en cuestión son justamente los más celebrados por la crítica (los de mezcla ficción-realidad), de lo que se infiere, como bien explica Santiago Juan-Navarro², que la teoría de las influencias es al revés. En palabras tomadas de otro ensayo de Borges, “cada escritor crea a sus precursores, su labor modifica nuestra concepción del pasado, como ha de modificar el futuro”³.

Las hipótesis de Borges, si bien se mira, son perfectamente aplicables a Unamuno, que no es un oscuro escritor de provincias (aunque sí lo sea su personaje Víctor Goti), pero que, en efecto, reescribe lo sustancial del *Quijote* en pleno siglo XX, reviviendo así, en su relectura, la obra de Cervantes. En cierto modo, todo esto es un desarrollo de la idea de P. B. Shelley de que todos los poemas del mundo son fragmentos de un solo poema infinito creado por todos los poetas del orbe (*A Defence of Poetry*, 1821). De nuestro punto de vista depende el proyectar las relaciones hacia delante o hacia atrás.

De la colección que reúne Juan Armando Epple siempre me hecho una gracia especial una fabulilla de Andrés Gallardo (Santiago de Chile, 1941), que dice así:

² Santiago Juan-Navarro, “Atrapados en la galería de los espejos: hacia una poética de la lectura en “Pierre Menard”, de Jorge Luis Borges”, Selected Proceedings of the XXXIX Annual Mountain Interstate Foreign Language Conference, Clemson, South Carolina, Sixto E. Torres & S. Carl King Editors, 1989, pp. 102-108. <http://www.sjuannavarro.com/files/borgespierrremenard.pdf>

³ Jorge Luis Borges, “Kafka y sus precursores”, Otras inquisiciones, Buenos Aires, Sur, 1952, p. 128.

LA LECTURA PÓSTUMA

Digno es de mencionarse el caso de don Lizardo Barría, natural de Chonchi, quien fue más allá que su pariente de Curaco de Vélez, don Amancio Barría, en lo que concierne a la planificación lectora. Don Lizardo tomó un día un ejemplar bien empastado de *El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha*, dijo “ésta será mi lectura póstuma” y se dedicó a otras lecturas, a otras urgencias.

Pasó el tiempo. Llegó el momento de la muerte. Don Lizardo, hombre justo y entero, la recibió con dignidad. Tomó su libro, dijo, “ahora, a leer con calma”, expiró tan campante y dejó a sus deudos sumidos en sentimientos encontrados⁴.

Gallardo ironiza sobre el Quijote como gran icono cultural que quizá ya nadie lee (o, dicho más piadosamente, cuya lectura se pospone “ad infinitum”). En algún examen se me ocurrió preguntar a los alumnos qué podía significar este texto, y si ellos se identificaban o no con el protagonista. En vista de que más de uno se mostró muy conforme e identificado con don Lizardo, decidí (en evitación de mayores males) dejar de plantear en un examen semejante asunto. (La ironía es flor de edad: no hay que abusar de los jóvenes.)

Tampoco está nada mal la historia “De cómo una vaca pinta ocupa la cátedra de literatura española en la universidad”, del mexicano Raúl Renán (Mérida, 1928), si bien concedo que su humor es un tanto gremial:

Un vaquero del rancho “Quijano”, encargado de darle pienso al ganado (llenar los bebederos de agua y los comederos de grano y paja) dejó un día, precisamente sobre los forrajes que acababa de servir, su ejemplar de *Don Quijote* que leía y releía en sus cortos ocios y regresó a la casa del rancho sin reparar en el olvido. En el corral la vaca pinta, engullendo la pastura, mordió las hojas del libro y en el bolo alimenticio se mezcló el genio de Cervantes. A la vaca le supo tan bien que no cesó de rumiarlo horas y horas. Con tanta lectura tragada y digerida, es natural que la vaca pinta participara, a poco, en la oposición para ocupar la cátedra de literatura española que ahora sustenta.⁵

Claro que, en honor a J. A. Epple y su loable esfuerzo recopilador, me gustaría añadir aquí cuatro reflexiones, cuatro ejercicios (anti)quijotescos.

El primero es *Platero y yo* (1914, 1917), de Juan Ramón Jiménez. Si bien se piensa, la pareja del amo y el burrito por la campiña de Huelva no deja de ser un trasunto de don Quijote y Sancho Panza en su versión romántica: el poeta del que se ríen los niños, al que tildan de loco y de tonto, y el burrito con el que juegan esos mismos niños, reformulan la pareja arquetípica alma/cuerpo, idea/materia, en sus andanzas infantiles y poéticas por tierras rurales de España. El valor pedagógico del relato juanramoniano fue inmediatamente percibido por Francisco Giner de los Ríos, quien, justo antes de morir, tenía su mesilla de noche llena de ejemplares (de la primera edición, la edición breve de la Biblioteca Juventud), que pensaba regalar a sus numerosos amigos por Navidad. No puede extrañar, en consecuencia, que durante la II República fuese *Platero y yo* el libro de lectura obligatoria en la enseñanza primaria. La II República fue en lo educativo de inspiración eminentemente institucionista, y el libro al que vino a sustituir *Platero y yo*, fue... precisamente el *Quijote*. En cuanto al valor experimental, no hay que olvidar que la prosa poética de estirpe modernista,

⁴ Andrés Gallardo, “La lectura póstuma”, *Obituario*, México, México Editorial Universitaria, 1987. Recogido en *MicroQuijotes*, ed. cit., p. 41.

⁵ Raúl Renán, *Gramática fantástica* (México, 1999), *apud* *MicroQuijotes*, p. 44.

rubendariana, se naturaliza en España con Juan Ramón. Y que en el tramo temporal que separa la escritura de las dos versiones se produce el cambio sustancial que a la vida y la obra de Jiménez le supuso conocer a Zenobia Camprubí y traducir con ella, para estar cerca de ella, a Rabindranath Tagore⁶.

El segundo, de Claudia Quade Frau (Madrid, 1977), es, en teoría, más que microrrelato, un poema visual. La colisión de géneros y lenguajes es lo normal en formatos experimentales. La obra consta de foto (fotomontaje), título y pequeño texto:



INDIO QUIJOTESCO

“Mire vuestra merced, respondió Sancho, que aquel que allí se parece no es indio, sino una montaña y lo que en ella se parecen plumas son las tejas de aquella casa”⁷.

Lo que me atrae de esta propuesta, además de la pequeña impostura (no hay indios en el *Quijote*), es el hecho de que imagen y palabra juegan al revés: la foto privilegia la visión de don Quijote, la imaginación (el indio), mientras que el texto, al desmentir o desmontar la ilusión, ofrece la perspectiva “realista” de Sancho Panza. Lo primero que apela al espectador, con todo, es la imagen, la ilusión óptica del indio, que es la termina prevaleciendo. La que queda (nunca mejor dicho) en pie, vertical. La montaña que se ve está en Málaga (lo sé por un alumno malagueño, que la reconoció).

El tercer ejercicio es algo más personal. Conocí hace poco a Evaristo Montaña (Jerez de la Fra., 1960), que tuvo a bien regalarme un ejemplar de su libro *Cuentos de un inconsciente* (Jerez de la Fra., Libros Canto y Cuento, 2014), una colección que se inspira mayormente en los peregrinos sueños que acaecen al autor. Como le comenté

⁶ Sigue siendo magnífica la edición de *Platero y yo* preparada por Michael P. Predmore para la editorial Cátedra (1981). Muy instructiva, también, la que ha efectuado Soledad González Ródenas (con la colaboración de Howard T. Young) dentro del libro *Obra poética. Vol. II. Obra en prosa*, de J.R.J., coordinado por Javier Blasco Pascual y Teresa Gómez Trueba (Madrid, Espasa Calpe/Fundación Biblioteca de Literatura Universal, 2005).

⁷ Claudia Quade Frau es una de las artistas incluidas por Alfonso López-Gradolí en *Poesía experimental española. Antología incompleta*, Madrid, Calambur, 2012.

que colecciono microquijotes, me ha enviado por e-mail un inédito que, por consejo de su mentor y amigo José Mateo, no incluyó en el libro.

LA DIETA

Querido compadre: Notado he esta carta al Bachiller, para comunicaros que en mala hora le dijisteis a vuesa mujer y comadre mía, Doña Teresa, que la dieta puesta a vos por el Doctor Recio, fortalecía la salud y avivaba el ingenio. Digo yo pues agora, que medio pueblo sigue esa dieta y tienen a nos, los hombres, a tajadicas sutiles de carne de membrillo, canutillos de suplicaciones y unos pocos tragos de agua fría. No pido yo comer diariamente olla podrida, ni fricolines de Milán o faisanes de Roma. Me conformo con tocino en adunia o un salpicón de vaca de vez en cuando, que voy, ¡Voto a Rus! querido Sancho, buscando por el campo piruétanos y tagarninas con las que calmar el hambre. Os suplico a vuesa merced comunicuéis a Doña Teresa, que haga lo posible para que nos cambien tamaña dieta, que maguer saludable, nos lleva hacia la muerte adminicula. Sin más trabacuentas.

Deste lugar.

Su compadre que le aprecia Tomé Cecial

Lo que más me gustó de este correo fue quizá la nota que lo antecedió y explicaba, y que dice así:

Te envió el microrrelato que me pediste. Como verás, he intentado emplear el mismo castellano de la época, los personajes son, por supuesto, también de *El Quijote*, así como los platos y demás. Curiosamente, una compañera del taller de Mauricio, que era de La Mancha, me dijo que allí no se comían ya las tagarninas. Los piruétanos son los perales silvestres, un arbolito muy bonito que da unas peritas mínimas y amargas. Tengo localizados unos cuantos por los alrededores de Jerez. Ah, la expresión "voto a Rus" está aún vigente, no hace mucho se la oí decir a un vecino, un poco cambiada; él dijo "me cago en Rus". Espero que te guste. Un abrazo.

Cada loco con su tema. Debo aclarar que aquí en Cádiz (provincia y capital) comemos aún tagarninas. "Voto a Rus" es juramento suave que se pone en boca de Sancho Panza en el capítulo 25 de la II parte del Quijote. Parece que "Rus" es deformación eufemística de "Dios".

Si Pierre Menard viviera, creo yo que le hubiera gustado escribir la verídica historia del hombre que, tras los pasos de don Quijote, iba por los alrededores de Jerez coleccionando piruétanos.

En cuarto y último lugar, un mínimo antiquijote lírico, de tipo aforístico, próximo al haiku japonés. Se trata de un poema muy breve del último libro de Julia Otxoa, *Jardín de arena*:

También la libélula y la lagartija, como *El Quijote* o *Hamlet*, son páginas del libro prodigioso del universo⁸.

En realidad, no estoy muy segura de que sea un "antiquijote". La infinita complejidad es como la infinita sencillez, y lo humano, solo una forma particular de naturaleza.

⁸ Julia Otxoa, *Jardín de arena*, Madrid, Ediciones La Palma, 2014, p. 71.